

XVI

En la tarde del mismo día se despedía de nosotros el doctor, después de haber restablecido casi completamente a María y de haberla prescrito un régimen para evitar la repetición del acceso, aunque prometió visitar a la enferma con frecuencia. Yo sentía un alivio indecible al oírle asegurar que no había peligro alguno, y aumentaba el cariño que hasta entonces le había profesado, solamente porque tan pronta reposición pronosticaba a María. Entré en la habitación de ésta, luego que el médico y mi padre, que iba a acompañarle una legua de camino, se pusieron en marcha. Estaba acabando de trenzarse los cabellos, mirándose en un espejo que mi hermana sostenía sobre los almohadones.

—Estas no son ocupaciones de enfermas, ¿no es verdad?—dijo;—pero yo ya estoy buena. Espero no volver a ocasionarte un viaje tan peligroso como el de anoche.

—En este viaje no ha habido peligros—la respondí.

—¡El río, sí, el río! ya pensé en eso y en tantas cosas que podían sucederte por causa mía.

—¿Un viaje de tres leguas? ¿Eso llamas...?

—Ese viaje en que has podido ahogarte, según refirió el doctor, tan sorprendido, que aun no me había pulsado y ya hablaba de ello. Tú y él, al regreso, habéis tenido que aguardar dos horas para que bajase el río.

—El doctor a caballo es un maula; y su mula mansurróna no es lo mismo que un buen caballo.

—El hombre que vive en la casita del paso—me interrumpió María,—al reconocer esta mañana tu caballo negro, se admiró de que no se hubiese ahogado el jinete que anoche se botó al río a tiempo que él le gritaba que no había vado.

¡Ay! yo no quiero volver a enfadarme. ¿No te ha dicho el doctor que no tendré ya novedad?

—Sí—la respondí,—y me ha prometido no dejar pasar dos días seguidos en estos quince sin venir a verte.

—Entonces no tendrás que hacer otro viaje de noche. ¿Qué habría hecho yo si...?

—Me habrías llorado mucho, ¿no es verdad?—repliqué sonriéndome.

Miróme por algunos momentos, y yo agregué:

—¿Puedo estar cierto, acaso, de morir convencido de...?

—¿De qué?

Y adivinando lo demás en mi mirada:

—Siempre, siempre—añadió casi en secreto, aparentando examinar los hermosos encajes de los almohadones.

—Y yo tengo cosas muy tristes que decirte—continuó después de unos momentos de silencio,—tan tristes, que son la causa de mi enfermedad. Tú estabas en la montaña... Mamá lo sabe todo; y yo oí que papá le decía que mi madre había muerto de un mal cuyo nombre no entendí; que tú estabas destinado a hacer una gran carrera; y que yo... ¡ah! yo no sé si será cierto lo que oí... será que no merezco que seas tan bueno conmigo.

—No digas eso, María, no lo pienses—la dije,—no; yo te lo suplico.

—Pero si yo lo he oído, y después fué cuando no supe de mí. ¿Por qué entonces...?

—Mira, yo te ruego... yo... ¿Quieres permitirme que te mande que no hables más de eso?

Había dejado caer la frente sobre el brazo en que se apoyaba, y cuya mano estrechaba yo entre las mías, cuando oí en la pieza inmediata a Emma que se acercaba. Aquella noche, a la hora del refresco, estábamos en el comedor mis hermanas y yo esperando a mis padres, que tardaban más tiempo que el acostumbrado. Por último se les oyó hablar en el salón, como dando fin a una conversación importante. La noble fisonomía

de mi padre argüía en la ligera contracción de las extremidades de sus labios y en la pequeña arruga que surcaba su frente, que acababa de sostener una lucha moral que le había alterado. Mi madre estaba pálida, pero sin hacer el menor esfuerzo para mostrarse tranquila, me dijo al sentarse a la mesa:

—No me había acordado de decirte que José una cacería: mas cuando supo la novedad ocurrida, prometió volver mañana muy temprano. ¿Sabes tú si es cierto que se casa una de sus hijas?

—Trataré de consultarte su proyecto—observó distraídamente mi padre.

—Se trata probablemente de una cacería de osos—le respondí.

—¿De osos? ¡Qué! ¿cazas tú osos?

—Sí, señor; es una cacería divertida que he hecho con él algunas veces.

—En mi país—repuso mi padre,—te tendrían por un bárbaro o por un héroe.

—Y sin embargo, esa clase de partidas es menos peligrosa que la de venados, la cual se emprende todos los días y en todas partes, pues aquélla, en lugar de exigir a los cazadores que tiren y derrumbarse desatentados por entre breñas y cascadas, necesita solamente un poco de agilidad y puntería certera.

Mi padre, sin dejar ver ya en su semblante el ceño que antes tenía, habló de cómo se cazan ciervos en Jamaica, y de lo aficionados que habían sido sus parientes a esa clase de pasatiempo, distinguiéndose entre ellos, por su tenacidad, destreza y entusiasmo, Salomón, de quien nos refirió, riendo ya, algunas anécdotas. Al levantarnos de la mesa, se acercó a mí para decirme:

—Tu madre y yo tenemos que hablar contigo; vén luego a mi cuarto.

A tiempo que entraba en él, mi padre escribía dando la espalda a mi madre, que se hallaba en la parte menos alumbrada de la habitación, sentada en la butaca que ocupaba siempre,

—Siéntate—me dijo él, dejando por un momento de escribir y mirándome por encima de los anteojos, de fino engaste de oro.

Pasados algunos minutos, habiendo colocado cuidadosamente en su lugar el libro de cuentas en que estaba escribiendo, acercó un asiento al que yo ocupaba, y en voz baja habló así:

—He querido que tu madre presencie esta conversación, porque se trata de un asunto grave sobre el cual tiene ella la misma opinión que yo.

Dirigióse a la puerta para entornarla y tirar el cigarro que estaba fumando, y continuó de esta manera:

—Hace ya tres meses que estás con nosotros, y solamente pasados dos más, podrá el señor A\*\*\* emprender su viaje a Europa, y con él debes tú irte. Esa demora, hasta cierto punto, nada significa, tanto porque es justo y muy grato para nosotros tenerle a nuestro lado después de seis años de ausencia a que han de seguir otros, como porque observo con placer que, aun aquí, es el estudio uno de tus goces predilectos. No puedo ocultarte, ni debo hacerlo, que he concebido grandes esperanzas por tu carácter y aptitudes, que coronarán lucidamente la carrera que vas a seguir. No ignoras que pronto la familia necesitará de tu apoyo, con mayor razón después de la muerte de tu hermano.

Luego, haciendo una pausa, prosiguió:

—Hay algo en tu conducta que es preciso decirte que no está bien: tú tienes sólo veinte años, y a esa edad un amor fomentado inconsideradamente podría hacer ilusorias todas las esperanzas de que acabo de hablarte. Tú amas a María, y hace muchos días que lo sé, como es natural. María es casi mi hija, y yo no tendría nada que observar, si tu edad y posición nos permitieran pensar en un matrimonio; pero no lo permiten, y María es muy joven. No solamente son estos los obstáculos que se presentan; hay uno quizá insuperable, y es de mi deber hablarte de él. María puede arrastrarte y arrastrarnos contigo a una

desgracia lamentable de que está amenazada. El doctor Mayn se atreve casi a asegurar que moriré joven del mismo mal que sucumbió su madre; lo que sufrió ayer es un síncope epiléptico que tomando incremento en cada acceso terminará por una epilepsia del peor carácter conocido: eso dice el doctor. Responde tú ahora, meditando mucho lo que vas a decir, a una sola pregunta; responde como hombre cuerdo y caballero que eres y que no sea lo que vas a decir dictado por una exaltación extraña a tu carácter, tratándose de tu porvenir y el de los tuyos. Sabes la opinión del médico, opinión que merece respeto, por ser Mayn quien la dá: te es conocida la suerte de la esposa de Salomón: ¿si nosotros consintiéramos en ello te casarías hoy con María?

—Sí, señor—le respondí.

—¿Lo arrostrarías todo?

—Todo, todo.

—Creo que no solamente hablo con un hijo, sino con el caballero que en ti he tratado de formar.

Mi madre ocultó en aquel momento el rostro en su pañuelo. Mi padre, enternecido tal vez por sus lágrimas y acaso también por la resolución que en mí encontraba, conociendo que la voz iba a faltarle, dejó por unos instantes de hablar.

—Pues bien—continuó,—puesto que esa noble resolución te anima, convendrás conmigo en que antes de cinco años no podrás ser esposo de nuestra María. No soy yo quien debe decirte que ella, después de haberte amado desde niña, te ama hoy de manera que emociones internas, nuevas para ella, son las que, según Mayn, han hecho aparecer los síntomas de la enfermedad; es decir, que tu amor y el suyo necesitan precauciones, y que en adelante exijo me prometas, para tu bien, puesto que tanto la amas, y para bien de ella, que seguirás los consejos del doctor. Nada le debes prometer a María, pues que la promesa de ser su esposo, una vez cumplido el plazo que he señalado, haría vuestro trato más íntimo, y es pre-

cisamente lo que se trata de evitar. Inútiles son más explicaciones: siguiendo esa conducta, no solamente puedes salvar a María, sino evitarte la desgracia de perderla.

—En recompensa de todo lo que concedemos—dijo volviéndose a mi madre,—debes prometerme lo siguiente: no hablar a María del peligro que la amenaza, ni revelar nada de lo que esta noche ha pasado entre nosotros. Debes saber también mi opinión sobre tu matrimonio con ella, si su enfermedad persiste después de tu regreso a este país... pues vamos pronto a separarnos por algunos años, como padre tuyo y de María, no sería de mi aprobación esa unión. Al expresar esta resolución irrevocable, no es por demás hacerte saber que Salomón, en los tres últimos años de su vida, consiguió reunir un capital de alguna consideración, el cual está en mi poder, destinado a servir de dote a su hija. Mas si ella muere antes de casarse, debe pasar a manos de su abuela materna, que está en Kingston.

Mi padre se paseó algunos momentos por el cuarto. Creyendo concluida nuestra confidencia, me puse en pie para retirarme; pero él, volviendo a ocupar su asiento e indicándome el mío, reanudó su discurso así:

—Hace cuatro días que recibí una carta del señor de M\*\*\* pidiéndome la mano de María para su hijo Carlos.

No pude ocultar la sorpresa que me causaron estas palabras. Mi padre sonrió imperceptible antes de agregar:

—Da el señor de M\*\*\* quince días de término para aceptar o no su propuesta, durante los cuales vendrán a hacernos una visita que antes me tenía prometida. Todo le será fácil después de lo pactado entre tú y nosotros. Buenas noches, pues—dijo poniéndome afectuosamente la mano sobre el hombro,—que seas muy feliz en tu cacería; yo necesito la piel del oso que mates para ponerla a los pies de mi cama.

—Está bien—le respondí. Mi madre me tendió la mano, y reteniendo la mía, me dijo:

—Te esperaremos a comer; cuidado con esos animales.

Tantas emociones se habían sucedido agitándome en las últimas horas, que apenas podía dar cuenta de cada una de ellas, y me era imposible hacerme cargo de mi extraña y difícil situación. María amenazada de muerte; prometida así por recompensa a mi amor, mediante una ausencia terrible; prometida con la condición de amarla por mí; yo obligado a moderar tan poderoso amor por amor adueñado para siempre de todo mi ser, con pena de verla desaparecer de la tierra como una de las beldades fugitivas de mis sueños, y teniendo que aparecer en adelante ingrato e insensible tal vez a sus ojos, sólo por una conducta que la necesidad y la razón me obligaban a adoptar. Ya no podía volver a oír la aquellas confidencias hechas con voz conmovida; mis labios no podrían tocar ni siquiera el extremo de una de sus trenzas. Mía o de la muerte. Entre la muerte y yo, un paso más para acercarme a ella, sería perderla; dejarla llorar en abandono, era un suplicio superior a mis fuerzas.

¡Corazón cobarde! No fuiste capaz de dejarte consumir por aquel fuego que mal escondido podía agotarla. ¿Dónde está ella ahora, ahora que ya no palpitas; ahora que los días y los años pasan sobre mí sin apercibirme de que te poseo?

Cumpliendo Juan Angel mis órdenes, llamó a la puerta de mi cuarto al amanecer.

—¿Cómo está la mañana?—le pregunté.

—Mala, mi amo; quiere llover.

—Bueno. Véte a la montaña y dí a José que no me espere hoy.

Cuando abrí la ventana me arrepentí de haber enviado al negrito, quien silbando y tarareando bambucos iba a internarse en la primera mancha del bosque. Soplaban de la sierra un viento frío y destemplado que sacudía los rosales y mecía los sauces, desviando en su vuelo a una que otra

pareja de loros viajeros. Todas las aves, lujo del huerto en las mañanas alegres, callaban, y solamente los pellers revoloteaban en los prados vecinos, saludando con su canto al triste día de invierno. En breve las montañas desaparecieron bajo el velo ceniciento de una lluvia nutrida, que dejaba oír ya su creciente rumor al acercarse azotando los bosques. A la media hora, turbios y estrepitosos arroyos descendían peinando los pajonales de las laderas del otro lado del río, el cual, acrecentado, tronaba iracundo y se divisaba en las lejanas revueltas, amarillento, desbordado y undoso.

## XVII

Diez días habían pasado desde que tuvo lugar aquella penosa conferencia. No sintiéndome capaz de cumplir los deseos de mi padre sobre la nueva especie de trato que debía usar con María, y preocupado dolorosamente con la propuesta de matrimonio hecha por Carlos, había buscado toda clase de pretextos para alejarme de la casa. Pasé aquellos días, ya encerrado en mi cuarto, ya en la posesión de José, las más veces vagando por los alrededores. Llevaba por compañero en mis paseos algún libro en que no acertaba a leer, mi escopeta que nunca disparaba y a Mayo, que me seguía fatigado. Mientras dominado por una honda melancolía dejaba correr algunas horas oculto en los sitios más agrestes, el perro procuraba en vano dormir enroscado sobre la hojarasca en donde lo desalojaban las hormigas o lo hacían saltar impacientado los tábanos y zancudos. Cuando el viejo amigo se cansaba de la inacción y silencio, que le eran antipáticos a pesar de sus achaques, se me acercaba, y recostando la cabeza sobre una de mis rodillas, me miraba cariñosamente para alejarse después y esperarme a algunas varas de distancia en el sendero que conducía a

la casa; y en su afán porque emprendiésemos la marcha y una vez conseguido que le siguiera se proponía hasta dar algunos brincos de alegría, juveniles entusiasmos en que, a más de evitar su gravedad, salía poco airoso. Una mañana entró mi madre en mi cuarto, y sentándose en la cabecera de la cama, de la cual no había salido yo aún, me dijo:

—Esto no puede ser: no debes seguir viviendo así: yo no me conformo.

Como yo guardaba silencio, continuó:

—Lo que haces no es lo que tu padre ha exigido; es mucho más cruel aún para María. Está persuadida de que tus frecuentes paseos tenían por objeto ir a casa de Luisa, con motivo del cariño que te profesan allí; pero Braulio, que vino ayer tarde, nos hizo saber que hacía cinco días que no te veía. ¿Qué es lo que te causa esa profunda tristeza que no puedes dominar ni en los pocos ratos que pasas con la familia, y que te hace buscar constantemente la soledad, cual si te fuera ya enojoso estar con nosotros?

Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—María, señora—le respondí,—debe ser completamente libre para aceptar o no la buena suerte que le ofrece Carlos; y yo, como amigo suyo, no debo hacerle ilusorias las esperanzas que fundamentalmente debe de alimentar para ser aceptado.

Así revelaba yo, sin poder evitarlo, el más insuportable dolor que me había atormentado desde la noche en que supe la propuesta de los señores de M\*\*\*. Nada habían llegado a ser para mí ante aquella propuesta los fatales pronósticos del doctor sobre la enfermedad de María; nada la necesidad de separarme de ella por muchos años.

—¿Cómo has podido imaginar tal cosa?—preguntóme sorprendida mi madre.—Apenas habré visto ella dos veces a tu amigo: justamente una en que estuvo aquí él algunas horas, y otra en que fuimos a visitar a su familia.

—Pero, madre mía, poco es el tiempo que tal

ta para que se justifique o desvanezca lo que he pensado. Me parece que bien vale la pena de esperar.

—Eres muy injusto, y te arrepentirás de haberlo sido. María, por dignidad y por deber, sabiéndose dominar mejor que tú, oculta lo mucho que tu conducta le está haciendo sufrir. Me cuesta trabajo creer lo que veo: me asombra oír lo que acabas de decir. Yo creí darte una gran alegría y remediarte todo haciéndote saber lo que Mayn nos dijo ayer al despedirse.

—Diga usted, dígalo—le supliqué incorporándome.

—¿Para qué ya?

—¿Ella no será siempre... no será siempre mi hermana?

—Tarde piensas así. ¿O es que puede un hombre ser caballero y hacer lo que tú haces? No, no; eso no debe hacerlo un hijo mío... ¡Tu hermana! ¡Y te olvidas de lo que estás diciendo a quien te conoce más que tú mismo! ¡Tu hermana, y sé que te ama desde que os dormía a ambos sobre mis rodillas! ¿Y es ahora cuando lo crees, ahora que venía a hablarte de eso, asustada por el sufrimiento que la pobrecita trata inútilmente de ocultarme?

—Yo no quiero ni un instante darle motivo a usted para un disgusto como el que me deja conocer. Dígame qué debo hacer para remediar lo que ha encontrado reprochable en mi conducta.

—Así debe ser. ¿No deseas que la quiera tanto como a ti?

—Sí, señora, y así es, ¿no es verdad?

—Así sería, aunque me hubiera olvidado que no tiene otra madre más que yo, de las recomendaciones de Salomón y la confianza de que él me creyó digna; porque ella lo merece y te ama tanto. El doctor asegura que el mal de María no es el que sufrió Sara.

—¿El lo ha dicho?

—Sí: tu padre, tranquilizado ya por esta parte, querido que te lo haga saber.

—¿Podré, pues, volver a ser con ella como antes?—pregunté enajenado.

—Casi...

—¡Oh! ella me disculpará; ¿no lo cree usted? El doctor ha dicho que ya no hay ninguna clase de peligro?—agregué;—es necesario que lo sepa Carlos.

Mi madre me miró con extrañeza antes de responderme.

—¿Y por qué se le había de ocultar? Réstame decirte lo que creo debes hacer, puesto que los señores de M\*\*\* han de venir mañana, según anuncian... Dí esta tarde a María... Pero, ¿qué puedes decirle que baste a justificar tu despego sin faltarle a las órdenes de tu padre? Y aunque pudieras hablarle de lo que él te exigió, no podrías disculparte, pues para hacer lo que has hecho en estos días hay una causa que por orgullo y delicadeza no debes descubrir. He ahí el resultado. Es forzoso que yo manifieste a María el motivo real de tu tristeza.

—Pero si usted hace eso, si he sido ligero en creer lo que he creído, ¿qué pensará ella de mí?

—Pensará menos mal que considerándote culpable por paz de una veleidad e inconsecuencia más odiosas que todo.

—Tiene usted razón hasta cierto punto, pero yo le suplico no diga a María nada de lo que acabamos de hablar. He incurrido en un error que tal vez me ha hecho sufrir más a mí que a ella, y debo remediarlo; le prometo a usted que lo remediaré; le exijo solamente dos días para hacerlo como se debe.

—Bien—me dijo levantándose para irse;—¿sales hoy?

—Sí, señora.

—¿A dónde vas?

—Voy a devolver a Emigdio su visita de bienvenida; y es imprescindible, porque ayer le mandé a decir con el mayordomo de su padre que me esperara hoy a almorzar.

—¡Volverás temprano?

—A las cuatro o las cinco.

—Vén a comer aquí.

—Sí. ¿Está usted otra vez satisfecha de mí?

—¡Cómo no!—respondió sonriendo.—Hasta la tarde, pues; darás mis recuerdos a las señoras, de parte mía y de las muchachas.

XVIII

Ya estaba yo listo para marchar cuando Emma entró en mi cuarto. Extrañó verme con semblante risueño.

—¿A dónde vas tan contento?—me preguntó.

—¡Ojalá no tuviera que ir a ninguna parte! A ver a Emigdio, que se queja de mi inconstancia en todos los tonos siempre que me encuentro con él.

—¡Qué injusto!—exclamó riendo.—¿Inconstante tú?

—¿De qué te ríes?

—Pues de la injusticia de tu amigo.

—No, no; tú te ríes de otra cosa.

—De eso es—dijo tomando de mi mesa de baño una peinilla y acercándose.—Deja que te peine yo, porque sabrá usted, señor constante, que una de las hermanas de su amigo es una linda muchacha. Lástima es—continuó haciéndome el peinado ayudada de sus graciosas manos,—que el señorito Efrain se haya puesto un poquito pálido en estos días, porque las bugueñas no imaginan belleza varonil sin frescos colores en las mejillas. Pero si la hermana de Emigdio estuviese al corriente de...

—Tú estás muy parlera hoy.

—¿Sí? y tú muy alegre. Mírate al espejo y dime si no has quedado muy bien.

—¡Qué visita!—exclamé oyendo la voz de María que llamaba a mi hermana.

—¿De veras? ¡Cuánto mejor sería ir a dar un

Marta.—4

paseo por los picachos del boquerón de Amaima y disfrutar del grandioso y solitario paisaje, a andar por los montes como res herida, espantando zancudos, sin perjuicio de que Mayo se llene de nubes... ¡pobre! que está «imposible»!

—María te llama—la interrumpí.

—Ya sé para qué es.

—¿Para qué?

—Para que la ayude a hacer una cosa que no debiera hacer.

—¿Se puede saber cuál?

—No hay inconveniente: me está esperando para que vayamos a coger flores que han de servir para reemplazar éstas—dijo señalando las del florero de mi mesa,—y si yo fuera de ella, no volvería a poner ninguna más ahí.

—Si tú supieras...

—Y si supieras tú...

Mi padre, que me llamaba desde su cuarto, interrumpió aquella conversación que, continuada habría podido frustrar lo que desde mi última entrevista con mi madre me había propuesto llevar a cabo. Al entrar en el cuarto de mi padre examinaba él en la ventana la máquina de un hermoso reloj de bolsillo y decía:

—Es una cosa admirable; indudablemente vale las treinta libras.

Volviéndose en seguida hacia mí, agregó:

—Este es el reloj que encargué a Londres; miralo.

—Es mucho mejor que el que usted usa—observé examinándolo.

—Pero el que uso es muy exacto, y el tuyo muy pequeño: debes regalarlo a una de las muchachas y tomar para ti éste.

Sin dejarme tiempo para darle las gracias, añadió:

—¿Vas a casa de Emigdio? Dí a su padre que puede preparar el potrero de guinea para que hagamos la ceba en compañía; pero que su ganado debe estar listo precisamente el quince del presente.

Volví en seguida a mi cuarto a tomar mis pistolas. María, desde el jardín y al pie de mi ventana, entregaba a Emma un manojo de montenegros, mejoranas y claveles; pero el más hermoso de éstos por su tamaño y lozanía, lo sostenía en los labios.

—Buenos días, María—la dije apresurándome a recibirle las flores.

Ella, palideciendo instantáneamente, correspondió, cortada, al saludo, y el clavel se desprendió de su boca. Entregóme las flores, dejando caer algunas a los pies, las cuales recogió y puso a mi alcance, mientras sus mejillas estaban suavemente sonrosadas.

—¿Quieres—la dije al recibir las últimas,—cambiarme todas estas por el clavel que tenías en los labios?

—Lo he pisado—respondió bajando la cabeza para buscarlo.

—Así, pisado, te daré todas estas por él. Permanecía en la misma actitud sin responderme.

—¿Permites que vaya yo a recogerlo? Se inclinó entonces para tomarlo y me lo entregó sin mirarme. Entretanto Emma fingía completa distracción colocando las flores nuevas.

Estrechéle a María la mano con que me entregaba el clavel deseado, diciéndole:

—Gracias, gracias. Hasta la tarde.

Alzó los ojos para verme con la más arrobadora expresión que puede producir en la mirada de una mujer la ternura y el poder, la reconvección y las lágrimas.

XIX

Había yo hecho algo más de una legua de camino y bregaba ya por abrir la puerta de golpe que daba entrada a los mangones de la hacienda del padre de Emigdio. Vencida la resistencia que oco-

nían los goznes y ejes enmohecidos y la más terna aún del pilón, compuesto de una piedra de maña enzurronada, la cual, suspendida del techo con un rejo, daba tormento a los transeuntes manteniendo cerrado aquel aparato singular, me di por afortunado de no haberme atascado en el leon dazal peligroso, cuya antigüedad respetable se conocía por el color del agua estancada.

Atravesé un corto llano en el cual el rabo de zorra, la ortiga y la zarza dominaban sobre los granales humillados y pantanosos; allí ramoneaban algunos caballos moleideros rapados de crin y cola, correteaban potros y meditaban burros viejos, tan lacrados y mutilados por el carguío de leña y la crueldad de sus arrieros, que Buffon se hubiera encontrado perplejo al tener que clasificarlos entre los cuadrúpedos.

La casa grande y antigua, rodeada de cocoteros y mangos, destacaba su techumbre cenicienta y alicaída sobre el alto y tupido bosque. No se habían agotado los obstáculos para llegar, pues tropecé con los corrales empalizados, y ahí fué de rodar trancas de robustísimas gradas sobre escalones desvencijados. Vinieron en mi auxilio dos negros, varón y mujer; él, sin más vestido que unos calzones, mostraba una espalda atlética luciente con el sudor peculiar de la raza; ella con follato (1) de fulo azul y sin más camisa que un pañuelo anudado hacia la nuca y cogido por la pretina, el cual le cubría el pecho. Ambos llevaban sombrero de junco, de aquellos que a poca se apagan y toman color de techo pajizo.

Iba la risueña y fumadora pareja nada menos que a habérselas con otra de potros a los cuales había llegado ya su turno en el mayal, y supí a qué, porque me llamó la atención ver no sólo al negro, sino también a su compañera, armados de rejos de enlazar. En gritos y carreras estaban cuando me apeé bajo el alar de la casa, despreciando las amenazas de dos perros inhospitales

(1) Enaguas.

rios que se hallaban tendidos bajo los escaños del corredor. Algunas angarillas y sudaderos de junco deshinchados y montados sobre el barandal, bastaron a convencerme de que todos los planes hechos en Bogotá por Emigdio, impresionado con mis críticas, se habían estrellado contra lo que él llamaba chocheras de su padre. En cambio, se había mejorado notablemente la cría de ganado menor, de lo cual eran prueba los calabros de lindos colores que apestaban el patio; e igualmente se observaba en la volatería, pues muchos pavos reales anunciaron mi llegada con gritos alarmantes, y entre los patos criollos o de ciénaga, que nadaban en la acequia vecina, se distinguían por su porte circunspecto alguno de los llamados ingleses.

Emigdio era un excelente muchacho. Un año antes de mi regreso a Cauca, le envió su padre al Bogotá, con el objeto de ponerle, según decía el buen señor, en camino para hacerse mercader y buen tratante. Carlos, que vivía conmigo en aquel entonces y se hallaba siempre al corriente hasta de lo que no debía saber, tropezó con Emigdio yo no sé dónde, y me lo plantó por delante un domingo de mañana, precediéndole al entrar en nuestro cuarto para decirme:—¡Hombre! te voy a matar de gusto; te traigo la cosa más linda:

Yo corrí a abrazar a Emigdio, quien parado en la puerta, tenía la más rara figura que imaginarse pueda. Mi paisano había venido cargado con el sombrero de pelo color café con leche, gala de don Ignacio, su padre, en las Semanas Santas de sus mocedades. Sea que le viniese estrecho, sea que al conductor le pareciese bien llevarlo así, el sombrero te formaba con la parte posterior del largo y renegrido cuello de nuestro amigo, un ángulo de noventa grados.

Aquella flacura, aquellas patillas enrarecidas y lacias, haciendo juego con la cabellera más desconsolada en su abandono que se haya visto, aquella tez amarillenta descaspando las asoleadas del camino; el cuello de la camisa hundido sin espe-



ranza bajo las solapas de un chaleco blanco, cuyas puntas se odiaban; los brazos aprisionados en las mangas de una casaca azul, punta de diamante, los calzones de cambium con anchas trabillas de cordobán y los botines de cuero de venado alustrado, eran causa, más que suficiente, para exaltar el entusiasmo de Carlos. Llevaba Emigdio un par de espuelas (1) en una mano, y una voluminosa encomienda para mí en la otra. Me apresuraba a descargarle de todo, aprovechando un instante para mirar severamente a Carlos, quien tendido en una de las camas de nuestra alcoba, mordiendo una almohada llorando a lágrima viva, cosa que por poco me produce el desconcierto más inoportuno. Ofrecí a Emigdio asiento en el saloncito, y como eligiese un sofá de resortes, el pobre sintiendo que se hundía, procuró a todo trance buscar algo a que asirse en el aire; mas perdiendo toda esperanza, se rehizo como pudo, y una vez en pie, dijo:

—¡Qué demonios! ¿A este Carlos no le entra juicio... ¿Y ahora?... Con razón venía riéndose en la calle de la «pegadura» que me iba hacer. ¿Tú también?... ¡Vaya! si esta gente de aquí es lo mismo, «demontres». ¿Qué te parece lo que me han hecho hoy?

Carlos salió de la alcoba, aprovechándose de la feliz ocasión y ambos pudimos reirnos ya a nuestras anchas.

—¡Qué Emigdio!—dije a nuestro visitante:—séntate en esa butaca que no tiene trampa. Es necesario que críes correa.

—Sí, ea (2)—respondió Emigdio sentándose con desconfianza, cual si temiese un nuevo fracaso.

—¿Qué te han hecho?—rió más que preguntando Carlos.

—¿Hase visto? Estaba por no contarles.

—Pero, ¿por qué?—insistió el implacable Carlos.

(1) Espuelas grandes usadas en la sabana de Bogotá.

(2) Modismo que consiste en repetir en tono de mofa la última palabra de la última palabra del interlocutor.

echándole un brazo entre los hombros,—cuéntanos.

Emigdio se había enfadado al fin, y a duras penas podíamos contentarle. Unas copas de vino y algunos cigarros ratificaron nuestro armisticio. Sobre el vino observó nuestro paisano que era mejor el de naranja que hacían en Buga, y el anisete verde de la venta de Paporrina. Los cigarros de Ambalema le parecían inferiores a los que aforrados en hojas secas de plátano y perfumados con otras de higo y de naranjo picadas, traía él en los bolsillos.

Pasados dos días, estaba ya nuestro Telémaco vestido convenientemente y acicalado por el maestro Hilario; y aunque su ropa a la moda le incomodaba y las botas nuevas le hacían ver candelillas, hubo de sujetarse, estimulado por la vanidad y por Carlos, a lo que él llamaba un martirio. Establecido en la casa de asistencia en que vivíamos nosotros, nos solazaba en las horas de sobremesa refiriendo a nuestras caseras las aventuras de su viaje y emitiendo concepto sobre todo lo que le había llamado la atención en la ciudad. En la calle era diferente, pues nos veíamos en la necesidad de abandonarle a su propia suerte, o sea a la jovial pertinencia de los talabarteros y buhoneros, pues corrían a sitiarse apenas le divisaban, para ofrecerle sillas chocontanas (1), arretrancas, zamarras, frenos y mil baratijas.

Por fortuna, ya había terminado Emigdio todas sus compras cuando vino a caer en cuenta de que la hija de la señora de la casa, muchacha despavesada, despreocupadilla y reidora, se moría por él Carlos, que no veía moscas, logró convencerlo de que Micaelina había desdeñado hasta entonces los galanteos de todos los comensales; pero el diablo, que no duerme, hizo que Emigdio sorprendiese en chicoleos una noche en el comedor a su cabrión, y su amada, cuando creían dormido al infeliz, pues eran las diez, hora en que solía

(1) Se llaman chocontanas porque son monturas que sólo se trabajan en el pueblo de Chocontá.

hallarse él en su tercer sueño; costumbre que sinceraba madrugando siempre, aunque fuese firmando de frío. Visto por Emigdio lo que vió y oído lo que oyó, que ojalá para su reposo y de nuestro nada hubiese visto ni oído, pensó solamente en acelerar su marcha. Como no tenía queja de mí, hizome sus confidencias la noche víspera del viaje, diciendo entre muchos desahogos:

—En Bogotá no hay señoras: éstas son todas unas coquetas de siete suelas. Cuando ésta lo ha dicho, ¿qué se espera? Estoy hasta por no decirte de ella. ¡Qué «caray»! no hay nada como las muchachas de nuestra tierra: aquí no hay sino peligros. Ya ves a Carlos: anda hecho un altar de Corpus, se acuesta a las once de la noche y está más fullero (1) que nunca. Déjalo estar, que yo se lo haré ver a don Chomo, para que le ponga la ceniza. Me admira verte a ti pensando tan sólo en tus estudios.—Partió, pues, Emigdio, y con él la diversión de Carlos y Micaela. Tal era en suma, el honradote y campechano amigo a quien iba yo a visitar. Esperando que llegase del interior de la casa, di frente a retaguardia, oyendo que me gritaba al saltar una cerca del patio:

—¡Por fin, «so» maula! Ya creía que me dejabas esperándote. Siéntate, que voy allá.—~~Me~~ se puso a lavarse las manos, que tenía ensangrentadas, en la acequia del patio.

—¿Qué hacías?—le pregunté después de nuestros saludos.

—Como hoy es día de matanza y mi padre madrugó para irse a los potreros, estaba yo racionando a los negros, lo cual es una «friega»; pero ya estoy desocupado. Mi madre tiene mucho desseo de verte; voy a avisarle que estás aquí. Quién sabe si lograremos que las muchachas salgan, porque se han vuelto más cerreras cada día. ¡Choto!—gritó; y a poco se presentó un negrito medio desnudo, pasas monas (2) y con un brazo seco y lleno de cicatrices.

(1) Provincialismo por «presumido».

(2) Provincialismo por de «color de monos».

—Lleva a la canoa ese caballo y límpiame el potro alazán.—Y volviéndose después de haberse fijado en mi cabalgadura, añadió:

—¡Carrizo con el retinto!

—¿Cómo se averió así el brazo ese muchacho?—pregunté.

—Metiendo caña al trapiche; ¡son tan brutos estos! No sirven ya sino para cuidar los caballos.

En breve empezaron a servir el almuerzo, mientras yo me las había con doña Andrea, madre de Emigdio, la que por poco deja su pañolón sin flecos durante un cuarto de hora que estuvimos conversando solos. Emigdio fué á ponerse una chaqueta blanca para sentarse a la mesa; pero antes nos presentó una negra engalanada el azafate patuso con aguamanos, llevando colgada de uno de los brazos una toalla primorosamente bordada. Servíanos de comedor la sala, cuyo ajuar estaba reducido a viejos canapés de baqueta y algunos retablos quiteños que representaban santos, colgados en lo alto de las paredes, no muy blancas, y dos mesitas adornadas con frutereros y loros de yeso.

Sea dicha la verdad, en el almuerzo no hubo grandezas; pero se conocía que la madre y las hermanas de Emigdio entendían eso de disponerlos. La sopa de tortilla aromatizada con hierbas frescas de la huerta; el frito de plátanos, carne desmenuzada y roscas de harina de maíz; el excelente chocolate de la tierra, el queso de piedra, el pan de leche y el agua servida en antiguos y grandes jarros de plata, no dejaron qué desear. Cuando almorzábamos, alcancé a ver, espiondo por entre una puerta medio entornada, una de las muchachas; y su carita simpática, iluminada por unos ojos negros como chambimbés (1), dejaba pensar que lo que ocultaba debía armonizar muy bien con lo que dejaba ver. Me despedí a las once de la señora Andrea, porque había resuelto ir a ver

(1) Cierta semilla muy negra y redonda.

a don Ignacio en los potreros donde estaba haciendo rodeo, y aprovechar el viaje para darnos un baño en el Amaine. Emigdio se despojó de su chaqueta para reemplazarla con una ruana de hilo; de los botines de «soche», para calzarse alpargatas usadas; se abrochó sus zamarros blancos de piel melenuda de cabrón, se puso un gran sombrero de Suaza con funda de percal blanco, y montó en el alazán, teniendo antes la precaución de vendarle los ojos con un pañuelo. Como el potrón se hizo una bola y escondió la cola entre las patas, el jinete le gritó: «ya vienes con tus tullerías», descargándole en seguida dos sonoros latigazos con el manatí palmirano que empuñaba. Con lo que después de dos o tres corcovos, que no lograron ni mover siquiera al caballero en su silla chocontana, monté y nos pusimos en marcha. Mientras llegábamos al sitio del rodeo, distante de casa más de media legua, mi compañero, luego que se aprovechó del primer llanito aparente para «torrear» y «rayar» el caballo, entró en conversación triada conmigo. Desembuchó cuanto sabía respecto a las pretensiones matrimoniales de Carlos, con quien había reanudado amistad desde que volvieron a verse en el Cauca.

—¿Y tú qué dices?—acabó por preguntarme. Esquivé mañosamente darle respuesta y él continuó:

—¿Para qué negarlo? Carlos es muchacho trabajador: luego que se convenza de que no puede ser hacendado si no deja antes a un lado los guantes y el paraguas, tiene que irle bien. Todavía se burla de mí porque enlazo, hago talanquera y «barbeo» (1) muleros; pero él tiene que hacer lo mismo o reventar. ¿No lo has visto?

—No.

—Pues ya lo verás. ¿Crearás que no va a barbearse al río cuando el sol está fuerte, y que si no le ensillan el caballo no monta; todo por no ponerse moreno y no ensuciarse las manos? Por

(1) Barbear. Echar al suelo una caballería asiéndola por la oreja y mandíbula inferior.

lo demás, es un caballero, eso sí; no hace ochos días que me sacó de un apuro prestándome doscientos patacones que necesitaba para comprar unas novillonas. El sabe que no lo echa en saco roto; pero es lo que se llama servir a tiempo. En cuanto a su matrimonio... te voy a decir una cosa si me ofreces no chamuscarte.

—Dí, hombre, dí lo que quieras.

—En tu casa, como viven con mucho tono y una de esas niñas criadas entre holán, como las de los cuentos, necesita ser tratada como cosa bendita...

Soltó una carcajada y prosiguió:

—Lo digo porque don Jerónimo, padre de Carlos, tiene más cáscaras que un siete cueros y es bravo como un ají chivato. Mi padre no lo puede ver desde que lo tiene en un pleito por linderos y yo no sé qué más. El día que lo encuentra, tenemos que ponerle por la noche fomentos de hierba mora y darle friegas de aguardiente con malmambo.

Habíamos llegado ya al lugar del rodeo. En medio del corral, a la sombra de un guásimo y al través de la polvareda levantada por la torada en movimiento, descubrí a don Ignacio, quien se acercó a saludarme. Montaba un cuartago rosillo y cotudo, enjaezado como un «galápago» (1), cuyo lustre y deterioro proclamaban sus merecimientos. La exigua figura del rico propietario estaba decorada así: zamarros de león raídos y con capellada; espuelas de plata con rodajas encascabeladas; chaqueta de género sin aplanchar y ruana blanca recargada de almidón, coronándolo todo un enorme sombrero de jipijapa, de esos que llaman cuando va al galope quien lo lleva; bajo su sombra hacían la tamanca nariz y los ojos azules de don Ignacio el mismo juego que en la cabeza de un paletón disecado los granates que lleva por pupilas y el prolongado pico. Dije a don

(1) Silla inglesa.

ignacio lo que mi padre me había encargado sobre el ganado que debían cebar en compañía.

—Está bien—me respondió.—Ya ve que la novillada no puede ser mejor: todos parecen unos torres. ¿No quiere entrar a divertirse un rato?

A Emigdio se le iban los ojos viendo la faena de los vaqueros en el corral.

—¡Ah, tuso!—gritó,—cuidado con aflojar el pial.

(1) ¡a la cola! ¡a la cola!

Me excusé con don Ignacio, dándole al mismo tiempo las gracias; él continuó:

—Nada, nada; los bogotanos les tienen miedo al sol y a los toros bravos; por eso los muchachos se echan a perder en los colegios de allá. No me dejará mentir ese niño bonito, hijo de don Chomo; a las siete de la mañana lo he encontrado de camino, aferrado con un pañuelo, de modo que no se le veía sino un ojo, y con paraguas. Usted, por lo que veo, siquiera no usa esas cosas.

En este momento gritaba el vaquero, que, con la marca candente empuñada, iba aplicándosela a la paleta a varios toros tendidos y maniatados en el corral: «¡Otro... otro!...» A cada uno de esos gritos seguía un berrido, y hacía don Ignacio con su cortaplumas una muesquecilla más en una varita de guásimo que le servía de foete. Como al levantarse las reses podía haber algunos lances peligrosos, don Ignacio, después de haber recibido mi despedida, se puso en salvo entrando en una corraleja vecina.

El sitio escogido por Emigdio en el río, era el más adecuado para disfrutar del baño que las aguas del Amaimé ofrecen en el verano, especialmente a la hora en que llegamos a su orilla.

Guabos churimos, sobre cuyas flores revoloteaban millares de esmeraldas (2) nos ofrecían bajo densa sombra acolchonada hojarasca, donde extendimos las ruanas. En el fondo del profundo remanso que estaba a nuestros pies, se veían hasta

(1) Cuerda con que mantaban las reses para echarlas a tierra.  
(2) Insecto así llamado por el color de sus alas.

los más pequeños guijarros y jugueteaban sardinas plateadas. Abajo, sobre las piedras que no cubrían las corrientes, garzoles azules y garcitas blancas pescaban espiando y se peinaban el plumero. En la playa de enfrente rumiaban acostadas hermosas vacas; guacamayas escondidas en los follajes de los chachimbos charlaban a media voz; y tendida en las ramas altas dormía una partida de monos en perezoso abandono. Las chicharras hacían resonar por dondequiera sus cantos monótonos. Alguna ardilla curiosa asomaba entre el cañaveral y desaparecía velozmente. Hacía el interior de la selva oíamos de rato en rato el trino melancólico de las chilacoas.

—Cuelga tus zamarros lejos de aquí—dije a Emigdio,—porque si no, saldremos del baño con dolor de cabeza.

Rióse él de buena gana, observándome al colocarlos en la horquera de un árbol distante:

—¿Queréis que todo huelga a rosas? El hombre debe oler a chivo.

—Seguramente, y en prueba de lo que crees, llevas en tus zamarros todo el almizcle de una cabrera.

Durante nuestro baño, sea que la noche y la orilla de un hermoso río dispongan el ánimo a hacer confidencias, sea que ya no me diese trazas para que mi amigo me las hiciera, confesóme que después de haber guardado por algún tiempo como reliquia el recuerdo de Micaelina, se había enamorado locamente de una hermosa «ñapanguita», debilidad que procuraba esconder a la malicia de don Ignacio, pues que éste había de pretender desbaratarle todo, porque la muchacha no era señora; y fin de fines racionó así:

—Como si pudiera convenirme a mí el casarme con una señora para que resultara de todo que tuviera que servirle yo a ella en vez de ser servido. Y por más caballero que yo sea, ¿qué diablos iba a hacer con una mujer de esa laya? Pero si conocieras a Zoila... ¡Hombre! no te pondraro; hasta le harías versos... ¡Qué versos! se te

volvería la boca agua... sus ojos son capaces de hacer ver a un ciego; tiene la risa más linda, los pies más lindos, y una cintura que...

—Poco a poco—le interrumpí;—¿es decir que estás tan frenéticamente enamorado que te echarás a ahogar si no te casas con ella?

—¡Me caso aunque me lleve la trampa!

—¿Con una mujer del pueblo? ¿Sin consentimiento de tu padre?... Ya se ve: tú eres hombre de barbas, y debes de saber lo que haces. ¿Y Carlos tiene noticia de todo?

—¡No faltaba otra cosa! ¡Dios me libre! Si en Buga lo tienen en las palmas de las manos y la boca qué quieres. La fortuna es que Zoila vive en San Pedro y no va a Bugas sino cada marras.

—Pero a mí sí me mostrarías.

—A ti es otra cosa; el día que quieras te llevo. A las tres de la tarde me separé de Emigdio disculpándome de mil maneras para no comer con él, y las cuatro serían cuando llegué a mi casa.

## XX

Mi madre y Emma salieron a recibirme. Mi padre había montado para ir a visitar los trabajos. A poco rato me llamó al comedor, y no tardé en acudir, porque allí esperaba encontrar a María pero me engañé; y como le preguntase a mi madre por ella, me respondió:

—Como esos señores vienen mañana, las muchachas están afanadas porque queden muy bien hechos algunos dulces; creo que han acabado ya y que vendrán ahora.

Iba a levantarme de la mesa cuando José, que subía del valle a la montaña arreando dos mulas cargadas de cañabrava se paró en un altillo desde el cual se divisaba el interior, y gritóme:

—Buenas tardes. No puedo llegar, porque llevo una chúcará y se me hace de noche. Ahí le

dejo un recado con las niñas. Madrugue mucho mañana, porque la cosa está segura.

—Bien—le contesté,—iré muy temprano; saludos a todos.

—No se olvide de los balines.

Y saludándome con el sombrero, continuó subiendo. Dirigíme a mi cuarto a preparar la escopeta, no tanto porque necesitara limpieza, cuanto por buscar pretexto para no permanecer en el comedor, en donde al fin no se presentó María.

Tenia yo abierta en la mano una cajilla de pistones, cuando vi a María venir hacia mí trayéndome el café, que probó con la cucharita antes de verme. Los pistones se regaron por el suelo apenas se acercó. Sin volverse a verme, me dió las buenas tardes, y colocando con mano insegura el platito y la taza en la baranda, buscó por instantes, con ojos cobardes, los míos, que la hicieron sonrojar; y entonces, arrodillada, se puso a recoger los pistones.

—No hagas tú eso—le dije;—yo lo haré después.

—Yo tengo muy buenos ojos para buscar cosas chiquitas—respondió;—a ver la cajita.

Alargó el brazo para recibirla, exclamando al verla:

—¡Ay! si se han regado todos.

—No estaba llena—observé ayudándola.

—Y que se necesitan mañana de estos—dijo soplándoles el polvo a los que tenía en la sonrosada palma de una de sus manos.

—¿Por qué mañana y por qué de estos?

—Porque como esa cacería es peligrosa, se me figura que errar un tiro sería terrible, y conozco por la cajita que estos son los que el doctor te regaló el otro día, diciendo que eran ingleses y muy buenos...

—Tú lo oyes todo.

—Algo hubiera dado algunas veces por no oír. Tal vez sería mejor no ir a esta cacería. José te dejó un recado con nosotros.

—¿Quieres tú que no vaya?

—¿Y cómo podía yo exigir eso?